

NUESTRO
TIEMPO



LA GUERRA DEL POP

¿Quiénes son esas gentes que, desde Woodstock hasta Biot, pasando por la isla de Wight o Aix-en-Provence, pueblan esos curiosos campos musicales de batalla?, ¿se trata de "contestatarios"?, ¿son jóvenes ejemplares, futuros hombres de provecho?, ¿hippies?, ¿simples golfantes?, ¿o unos inocentes melómanos nada más?

Sea lo que fueren, el hecho es que sus melenas dividen al mundo en dos generaciones y, si se nos apura, escinden su propia generación en mil fragmentos inclasificables. Su música, la «pop», está empapando nuestras ciudades y nuestro campo en la mayor confusión de los tiempos que nos han tocado vivir. Son multitudes «sin amo»: ni Lenin, ni Bob Dylan, ni Mao, ni nadie les reconoce como suyos. Y para probarlo ahí están los hechos. Ha tenido que ser precisamente un socialista, el alcalde de Aix-en-Provence, Coccolini, quien ha prohibido drásticamente un festival «pop» organizado por un general perteneciente a la extrema derecha. Cosas de la vida.

Los oídos de la mayoría silenciosa no pueden soportar el ruido de la música «pop», esto es evidente, y tanto en las calles de Aix como en las playas de la Costa Azul se escuchaban frases como: «Los jóvenes, todos unos drogados. Si por mí fuera, prohibiría todos sus festivales. Trabajos forzados es lo que necesitan», etc., etc. Pero Giscard d'Estaing se manifiesta públicamente contra la prohibición, y el festival —temido como un ciclón— termina por recibir el visto bueno de las autoridades. Desde todos los puntos del globo comienza a afluir una multitud abigarrada, con largas melenas e indumentarias inverosímiles, descuidadas.

Pero estos jóvenes, al contrario de lo que hicieron en Woodstock, no se dan un baño de marihuana —calificado de «clima de amor y

de paz»—, y, sin embargo, *Le Figeiro* escribe de ellos que «no se merecen el festival popular y gratuito que reclaman».

Tenemos, pues, por un lado, el miedo a lo «pop», y, por otro..., el chasco. Trataremos de explicarnos.

«POP»

«Pop» es la abreviatura de popular. La música «pop» es, pues, un tipo de música popular, es decir, con la que el público se identifica. Los primeros cantantes «pop» fueron los Beatles, en 1963. Procedían del pueblo, cantaban de forma espontánea, iban vestidos como los jóvenes de su misma edad. Todos los jóvenes ingleses, de haber tenido el mismo sentido de la armonía musical, hubiesen podido convertirse en «beatles». A partir de entonces empezaron a pulular los grupos musicales.

Pero —primera contradicción— en cuanto el «pop» se vuelve auténticamente popular empieza a venderse como rosquillas. Se explota. Se «recupera» y deja de ser «pop».

En cuanto el «pop» se comercializa deja de estar fuera de la ley, deja de ser «pop». A medida que los jóvenes aficionados al «pop» crean sus «vedettes», éstas son absorbidas inmediatamente por las casas de discos, con lo que se auto-aniquilan. Los Beatles son hoy un poco los «hasbeen» del «pop». Porque, para los jóvenes, «pop» significa, sobre todo, diferente a los adultos, provocador, violento.

Monique, una muchacha de die-

cinco años, nos da su visión, un tanto incoherente, del Festival de Aix:

—En la carretera de Saint-Pons, los policías se comportaban con agresividad. Preguntaban a todos los automovilistas, melenudos o no, qué era lo que iban a hacer en aquel burdel. «No vayan allí. Puede ser peligroso», les aconsejaban. Ese «allí» era el dominio de un viejo encantador, el señor Hautot, que iba de un lado para otro mirando a los jóvenes desnudos que, con ramas de los árboles, se fabricaban sus propias cabañas. «Sí, decía el señor Hautot, los jóvenes tienen que protegerse de este sol de nuestra Provenza».

«Si el festival ha fracasado ha sido por el precio de las entradas. ¿Quién puede pagar cincuenta y cinco francos así como así? ¡Y que luego te cobren seis francos por un plato de asquerosos «spaghetti»! Nos sentíamos explotados. Nada de lo anunciado se cumplió. Las instalaciones no podían haber sido peores. Unos servicios de orden a cargo de unos cuantos jóvenes pagados por un general entre anarquista y prusiano.

«Sólo hubo tres momentos buenos en el festival. Cuando todos nos levantamos al mismo tiempo para acompañar al grupo inglés Majority One. Cuando un tipo lanzó al aire una botella de plástico vacía y todos le imitamos, lanzando también al aire nuestras botellas. Y, por último, el lunes, al amanecer, cuando nos despertamos, ya terminado el festival: una mucha-

SIGUE

El Encubridor



Halazón
El Encubridor
de sus pequeños
vicios. Beba.
Una simple
aplicación
y Halazón le
guardará el
secreto.



Halazón
El Encubridor
de sus pequeños vicios.



LA GUERRA DEL POP

cha se puso a cantar una canción medio pornográfica, pero con ritmo de nana. Era estupendo ver a todo el mundo despezándose al mismo tiempo. Todos juntos.

Juntos es la palabra clave. La palabra que infunde miedo y que explica por qué la música «pop», que tan bien funciona en los países anglosajones, se impone en Francia sólo con muchas dificultades debido al individualismo de la juventud de este país. Claro, que Pierre Barouh, treinta y seis años y promotor de la música «pop» francesa a través de una casa de discos por él fundada, no es de la misma opinión.

DRUGA Y LIBERTAD

—Creo —dice— que los jóvenes franceses están maduros para este tipo de reuniones, y que es, además, algo que les gusta. Si la música «pop» no se impone en Francia es porque se trata de música importada, y los jóvenes no entienden muchas veces los textos de las canciones. No es algo que forme parte de su folklore. Por ahora se limitan a copiar. Han visto imágenes de «Woodstock» y se revuelven en el barro, imitando a los que allí salen. Los franceses deben inventar su propia música «pop», y esto es lo que temen las autoridades, en parte con razón, en parte

sin ella. Sin ella porque la música «pop» actual no tiene ningún valor explosivo, como lo tenía, por ejemplo, el «rock».

«Los jóvenes de hoy están más dormidos, más mecanizados. Son pacifistas, pero no destruyen como los «rockers». Hablan más que obran. Pero otra cosa será cuando el «pop» se convierta en el canto de nuestra contestación personal. En el Brasil, los cantantes «pop» han sido los primeros detenidos. Puede haber un gran dinamismo en una canción en labios de diez mil, cien mil personas al unísono. No es de la música «pop» de lo que tienen miedo, sino del potencial que representa.

Este potencial, desconocido en realidad, es algo que nadie se atreve a manipular. Michel Lancelot, productor de «Campus», emisión «pop» de «Europa número 1», dice a este respecto: «"Minute" los trata de mendigos miserables. "L'Humanité" los califica de irresponsables. Todos temen que los recupere la extrema izquierda, pero la verdad es que ésta también los ha repudiado. "L'Idiot International" ha escrito que la música "pop" forma parte del sistema. En realidad, hay algo de fascista en la creencia que tienen algunos de pertenecer a una élite. La represión los ennoblece, pero son muy fáciles de engañar: el organizador del

festival, el general Clément, fue aclamado como "hippy" sólo por haber concedido una serie de entradas gratuitas a cambio de algún que otro servicio sin importancia».

La extrema izquierda está igualmente dividida a este respecto. Para algunos izquierdistas, esta masa de jóvenes marginales constituye un interesante potencial político. Hay en lo «pop» un rechazo de la sociedad, una voluntad de di-

ferenciación que supera lo puramente musical, y este anticonformismo puede ser un buen terreno abonado para revolucionarios. Otros izquierdistas piensan, por el contrario, que no basta estar marginado para ser consciente. Buscar la originalidad en el vestir, exigir la legalización de la droga y la libertad sexual no es tener una ideología. No basta con derribar los ídolos de los adultos.

Por eso la gente mira con ojos turbios esa masa indefinida de jóvenes que van de un lado para otro, de la isla de Wight a Aix-en-Provence, de Biot a Rotterdam. Y no los comprende.

Las revistas musicales, como «Salut les Copains» —90.000 ejemplares—, prefieren hablar de la dulce Sheila, del buen Adamo o del encantador Sacha Distel. Una redactora de «S. L. C.» nos confía en secreto: «Hace ocho años que se habla de los mismos cantantes. Nuestro público puede estar tranquilo».

Raymond Mouly, cuarenta y cuatro años, director de «S. L. C.», explica: «Hemos organizado un referéndum entre nuestros lectores. ¿Cuáles son sus ídolos? Johnny Halliday, Claude François, Adamo, Sylvie, Sheila y Mireille Mathieu. Y entre los extranjeros, los Beatles y Elvis Presley.

—Porque no oyen ninguna otra

El novelista francés Joseph Kessel, en el Festival de Biot.



cosa por la radio, porque no ven otras fotos en su revista...

«Es verdad, las emisoras de radio desconfían de la música «pop».

«Ocurre con la música «pop» un poco lo que ocurrió con el «jazz» durante la guerra. Me acuerdo de que no se podía grabar nada que fuese negro o judío, es decir, un 99 por 100 del «jazz» que se hacía. Hubo algunos astutos que arreglaron y rebautizaron los éxitos americanos. Después de la ocupación aumentó considerablemente el número de aficionados al «jazz». No obstante, nunca llegaron a ser demasiados. La revista «Jazz-Hot» tenía una tirada de diez mil ejemplares...

Actualmente abundan las revistas «pop»: «Rock and Folk», «Actuel», «Best», «Pop Music», «Music Maker» (la más comprometida), pero el número global de sus lectores se calcula en cincuenta mil solamente. ¿Cómo estimar el eco que alcanza realmente el «pop» entre los jóvenes? Novecientos mil lectores burgueses de «Salut les Copains», ciento cincuenta mil lectores misteriosos de las revistas «pop».

¿Son acaso estos cincuenta mil esa fuerza explosiva que sterroriza a las poblaciones? La gente está confundida. François Jouffa, de «Europa número 1» los califica de golfantes. Lancelot, que no es ningún izquierdista, los encuentra conmovedores: «Cualquiera podría ganarlos para su causa. Y ahí está precisamente el peligro. Nadie les dirige la palabra. Y sólo habría que iniciar el diálogo. En el fondo, estos jóvenes constituyen una buena clientela para J.-J. S...».

Si todavía no son una clientela política, por lo menos son clientela. En Francia, cerca de doscientas mil personas han pasado ya por los cines donde se proyecta la película «Woodstock». Por un lado, los mayores se los disputan; por otro lado, tratan de amordazarlos.

No es ésta una actitud razonada. Es más bien un instinto. Un instinto por el que los padres desean descendencia y, al mismo tiempo, la temen. Los padres quieren sí que sus hijos crezcan, pero siguiendo un modelo que ellos les propongan. Si los hijos no están conformes es que son unos malvados. A través de la música «pop» se libra una auténtica guerra de generaciones. Los jóvenes desean otra cosa, no saben qué ni cómo, pero a través de su música niegan y denuncian el mundo de los adultos, y éstos tienen la impresión de que esos trovadores de larga cabellera están preparando sus funerales.

La misma Monique que hemos citado antes confiesa: «Si los festivales estuviesen bien organizados, en el fondo sería algo triste. Ya no podríamos protestar. Seríamos como los viejos. La guerra es más divertida». ■ MICHELE MAN-
CEAUX.

GHUMY CHUMEZ

